CRONICA DE LOS AÑOS CINCUENTA

Salvador Pons Muñoz

En el año 1956 se publicaba un libro de ciento veintiséis páginas, *El público y la cultura,* donde se recogió la labor que en el ámbito de la cultura popular desarrollaba, desde 1952, la entonces Dirección General de Información que Florentino Pérez-Embid ocupó, de 1951 a 1957, en el Ministerio Arias Salgado. En la redacción del informe citado colaboramos muchos de los que estábamos trabajando en aquella aventura tan llena de peripecias y tan falta de recursos, pero tan apasionante siempre, como es la de promover actividades culturales por toda España; es decir, hacer cultura popular.

Creo que vale la pena volver sobre aquellos años que constituyeron, a mi juicio, la etapa más creativa y quizá más innovadora en la vida de Florentino. En aquel momento Florentino, que tendría unos treinta y tres años, nos parecía un personaje deslumbrante a la parva gavilla de jóvenes colaboradores recién salidos de la Universidad que seguíamos verdaderamente absortos sus actividades intelectuales, sus fascinantes maniobras políticas, aquellas rotundas conversaciones telefónicas suyas con personajes variadísimos de la vida española que le escuchábamos en su despacho (¿quién dijo que nos enseñó a hablar a todos por

Con S. A. R. la Princesa de España, en el teatro Real de Madrid.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

teléfono?). Aquel hombre nos sorprendía con su capacidad de convocatoria, su habilidad para reclutar equipos, para allanar voluntades, para montar cualquier operación, escribir al minuto un artículo impecablemente mecanografiado, improvisar listas de invitados para actos de la más variada índole; en una palabra, tenía una facilidad portentosa para fabular imaginativa y constructivamente cualquier operación de alcance.

Soy consciente del despilfarro de adjetivos que he aplicado en tan corto espacio; pero después de haber conocido a tanta gente en los casi veinticinco años transcurridos y desde la perspectiva tan crítica que proporciona el «inmisericorde» paso del tiempo, debo confesar que aquellas impresiones se mantienen hoy en mí tan vivas como el primer día y pienso, además, que para muchos de los que colaboramos con él, aquel hombre de voz cascada, acento sevillano, de figura poco airosa, tan apasionado en sus juicios y decisiones, nos marcó profundamente con su magisterio singular.

El trato con Florentino nunca fue complicado porque él facilitaba el diálogo y provocaba la confidencia, nunca abrumaba con el peso de sus conocimientos ni de su autoridad. Sabía escuchar proyectos y teorías, incluso relatos de infortunios familiares. Tenía la rara virtud de comportarse como si fuera un viejo camarada, con mucho encanto y simpatía, incluso cuando se metía con el régimen del que formaba parte; era un gran tipo humano. En las muchas horas que pasé trabajando, viajando o simplemente conversando con él, nunca le vi hacer proselitismo. Me parece interesante hacer esta observación ahora, mientras reflexiono sobre nuestros largos años de trato, que sufrieron las lógicas vicisitudes de una amistad muy baqueteada por mil acontecimientos en los que nuestras apreciaciones no siempre coincidieron. Cuando Florentino hablaba sobre el Opus Dei, y lo hacía con frecuencia, era para referirse a una experiencia suya cotidiana en la que todos le sabíamos implicado; algo así como cuando uno se refiere a hechos de su propia vida familiar. Hablaba del Opus Dei sin gran misterio, a veces incluso con aquel desgarro suyo tan característico, como si quisiera quitarle hierro al asunto. Esta actitud se la agradecimos cuantos trabajamos con él por lo que implicaba de delicadeza por su parte; no se metió en nuestras vidas, nos acogió con cordial naturalidad y nos dio esa impagable oportunidad de trabajar en un ilusionado proyecto; nos dio un puesto al sol precisamente al dejar las aulas universitarias, que es cuando el futuro se muestra más incierto. Florentino no se aprovechó de la situación, no exigió militancia alguna. De vez en cuando, muy de vez en cuando, me preguntaba: «Salvadorito, ¿tú eres bueno?»

Conocí a Florentino en el embarcadero del palacio de La Magdalena, en el verano de 1950. Había yo acudido al curso de Problemas Contemporáneos de la Universidad de Santander gracias a una beca que me proporcionó la de Madrid por mi expediente académico en la Facultad de Derecho, cuya licenciatura acababa de terminar. En el curso se dieron cita, entre otros, Rafael Calvo Serer, Enrique Tierno Galván, Pedro Laín Entralgo, Torcuato Fernández Miranda y el propio Florentino; fue sin duda aquél un período decisivo para mi vocación y mi formación, porque durante los años de la carrera había estado ayuno de incitaciones intelectuales propiamente dichas. Aquellas cortas semanas de convivencia intensa con intelectuales certeros, participando en seminarios, escuchándoles en las tertulias, sentándome a su mesa, me dieron ocasión de descubrir el apasionante mundo de la cultura y me pareció sentir cómo se armonizaban y cobraban vida los saberes que había aprendido en el viejo caserón de San Bernardo. Yo diría que fue allí donde tomé conciencia por vez primera de lo que era ser universitario.

Lo que fue la incitación cultural santanderina, aquel sentimiento de realización personal a través del mundo de la cultura y de su promoción, iba a encontrar su cauce operativo poco tiempo después cuando Florentino llegó al nuevo Ministerio de Información y Turismo en 1951. En pocos meses nació el plan de llevar las actividades culturales a todos los rincones de España; un plan sin medios económicos suficientes, sin programas definidos, sin una organización adecuada. Allí estaba el Ateneo de Madrid, que en 1945 había sido incorporado a las actividades de la antigua Subsecretaría de Educación Popular; el venerable templo ateneístico del saber, con su tradición liberal y su historia reciente tan poco conformista de los años de la Dictadura y la República, iba a transformarse en la pieza clave de una política cultural abierta a nuevos nombres y tendencias en el arte y la cultura. Aquella etapa que se iniciaba desde el Ateneo de Madrid fue propósito de Florentino que se extendiera por todo el país con un claro designio descentralizador.

En una España sin televisión ni eficaces medios de comunicación social, se trataba de dar a conocer a un público lo más amplio posible, a los jóvenes intelectuales y artistas, así como de ejercer un mecenazgo con los maestros clásicos. La filosofía de la operación se basaba en no hacer exclusión de personas y utilizar como base logística los Ateneos, encabezados por el muy noble barcelonés, los viejos casinos y otras entidades culturales, con objeto de revitalizar estas instituciones de solera intelectual y, en la mayoría de los casos, con un evidente prestigio en las distintas localidades. Parecía preferible fomentar la vida de las nobles instituciones ya existentes, que intentar la creación de organismos de nueva planta, que entrañaban

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el riesgo de ser criaturas artificiales de la cultura oficial.

Quizá este aliento descentralizador de Florentino procedía más del culto que profesaba a sus propias raíces, a su casa, a su pueblo, a su Andalucía, que a criterios doctrinarios o de estrategia política. Nadie que conociera a Florentino olvidará sus reiteradas menciones a la España de Despeñaperros para abajo, a Aracena, a Sevilla. Para los que llegamos jóvenes a Madrid desde la periferia y silenciábamos con cierto pudor nuestra ascendencia provinciana, significó una especie de victoria moral aquella reivindicación de ser de pueblo que Florentino defendía con tanto tesón e ingenio. De ahí su curiosidad irrefrenable por conocer de dónde procedía la gente que iba conociendo; tenía un juicio apriorístico para los naturales de cada provincia o región y colgaba los clichés correspondientes sin contemplaciones, caprichosamente. A los valencianos nos tachaba de comportarnos con un apasionamiento de olla exprés, sambenito que aplicaba por igual a Rafael Calvo, a Pepín Vidal o a mí mismo.

El caso es que con las campañas de actividades culturales en colaboración con Ateneos y otras entidades similares se dio a conocer por el país, entre otras cosas, el arte abstracto, que todavía no había alcanzado marchamo oficial, o el hiperrealismo *avant la lettre*. Recuerdo que los fondos para aquellos montajes tenían que salir del capítulo presupuestario de exposiciones para prestigiar lo que entonces se llamaba la obra del Régimen; aquel trasvase de créditos de la propaganda del Estado hacia la cultura popular y las formas artísticas más de vanguardia, permitió familiarizar al público español con tendencias plásticas poco difundidas aún. Las primeras arpilleras de Manolo Millares, el ecuatoriano Guayasamín, Pablo Serrano, Vaquero Turcios, José M.ª de Labra, Paco Farreras, Miguel Ortiz Berrocal, J. Luis Sánchez, Venancio Blanco, Arcadio Blasco, Antonio Quirós, Mari Carmen Laffón, Antonio López García, Rafael Canogar, y entre los maestros consagrados Godofredo Ortega Muñoz, Daniel Vázquez Díaz, Pancho Cossío y Joaquín Sunyer. En música surgieron nombres como Teresa Berganza, Pilar Lorengar, Ángeles Chamorro; se escuchó en el Ateneo de Madrid por primera vez a Bela Bartok. En teatro se da a conocer a María Fernanda d'Ocón de la mano de Mario Antolín, y Adolfo Marsillach, en sus primeros años de brillante carrera, interpreta en el Teatro de Ensayo obras de Julien Green y Anouilh. Conferenciantes por decenas recorren el país de cabo a cabo, desde la Sociedad de Amigos del País de Málaga y el Ateneo de Cádiz, al Ateneo Jovellanos de Gijón, al Círculo Mallorquín, a la Institución Príncipe de Viana de Pamplona, al Ateneo de Santander, a la Escuela-Taller de Arte de Tarragona, al Ateneo Mercantil de Valencia, al Ateneo de Zaragoza, al de Valladolid, a la Sociedad Filarmónica de Salamanca, al Círculo Cultural y Ateneo Guipuzcoano, al Ateneo de Sevilla, al Círculo de la Unión de Burgos, al Casino Obrero de Béjar, a la Biblioteca Villaespesa de Almería, a la Academia de San Dionisio de Jerez de la Frontera, al Aula de Cultura de León, al Instituto de Estudios Ilerdenses, al Colegio Mayor Ruiz de Alda de Murcia y al Centro Artístico de Tortosa, entre otros, por no hacer la lista demasiado larga.

En aquella acción cultural subyacía la preocupación de Florentino por las luchas intelectuales, que entendía habían sido el prólogo de las luchas políticas en nuestra patria. Un cristianismo intelectualmente agresivo, sugestivo e integrador, donde se conciliasen religión e inteligencia creadora, y donde se superasen todas las contradicciones, las paradojas y los dilemas imaginables, tanto en la política, en la cultura, como en el terreno intelectual; sería ésta la fórmula que permitiría mantener a España a resguardo de toda perniciosa influencia y a la vez la situaría en vanguardia de un nuevo y espiritualizado Occidente. Era su lema, «españolización de los fines, europeización de los medios», lo que no le apartaba, sin embargo, de su admiración tantas veces confesada por la obra intelectual de la izquierda española. Recuerdo que muchos años después, cuando inauguramos en Toledo la primera Decena de Música, siendo Florentino director general de Bellas Artes, me decía: «Esto es una maravilla, no podría haberlo hecho mejor la izquierda.» Le preocupaba la formación de las élites intelectuales españolas, en las que debía despertarse la sensibilidad artística y cultural, como lo habían sabido hacer los liberales de izquierda, como lo había hecho concretamente la Institución Libre de Enseñanza.

Los viajes de Florentino eran un goce, especialmente cuando corríamos hacia su Andalucía entrañable; las explicaciones de los paisajes históricos en las llanuras de la Mancha hablando de las Ordenes Militares, el paso del Guadalquivir por Andújar para contarnos la reconquista de la Bética como podría hablarnos de la batalla del Ebro, recorrer con él la Mezquita de Córdoba escuchando las fases de su construcción, pasear por el teatro romano de Mérida, visitar el compás del convento de Santa Paula de Sevilla o los jardines del Alcázar, oírle explicar desde la Alhambra el sitio de Granada por los Reyes Católicos, conocer con él el Museo de Arte de Cataluña, ver las murallas de Tarragona, callejear por Toledo, son experiencias de mis años mozos que nunca olvidaré. Florentino se ponía en trance y con palabra precisa situaba el monumento en su contexto cultural e histórico, con fechas, con términos técnicos, paseando de un lado para otro. Tenía un afán clarificador y cartesiano muy didáctico; era un admirable maestro que hablaba con erudición e ingenio del criticismo

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

esterilizante del 98, del mudejarismo, del Consejo de Indias, de las endémicas guerras civiles, del barroco andaluz, de los reinos de taifas. Era la suya una prédica entre esteticista y moralizante, como una lúcida enseñanza al modo socrático, gracias a la que aprendí a conocer, como tantos otros de sus colaboradores, lo mejor de nuestro país.

Los Festivales de España le deben también a Florentino su nacimiento y desarrollo. Santander y Sevilla fueron los pioneros de una actividad que como mancha de aceite fue extendiéndose por todo el mapa español; ciclos teatrales, ballet, conciertos sinfónicos acabaron por ser un hecho habitual en las noches veraniegas de cada vez más ciudades españolas. Los Festivales fueron la muestra donde se hizo más patente la política de cultura popular emprendida con gran visión de futuro por Florentino. Con los Ateneos se buscó a las minorías inquietas de nuestras ciudades para ponerlas en comunicación con corrientes de pensamiento o con nuevas tendencias artísticas. Los Festivales acercaron al gran público obras de valor universal para educar su sensibilidad y su buen gusto.

Era Florentino un trabajador infatigable y riguroso, pero le gustaba declarar a veces —quizá por el pudor del andaluz a exhibir su activismo— que nunca se incorporaba a su despacho oficial antes de las once o las doce de la mañana. Lo que le valió, en cierta ocasión, un artículo delicioso de Carmelo Martínez, que reprodujo toda la cadena de la prensa del Movimiento, que se titulaba: «Buenos días, don Florentino». Este don Florentino, de tensión baja, que empezaba a funcionar tan tarde, llenaba sin embargo los portafirmas de cartas, notas o informes que dictaba con gran precisión y con un estilo inconfundible a sus dos secretarias, que parecían no dar abasto a tanta actividad. Tenía una letra clara, grande, que parecía reflejar su acusada sensibilidad estética. Fue generoso y su sentido del humor era conocido y celebrado, aunque su arbitrariedad le valiera en casos el distanciamiento de amigos que mucho le querían; sus filias y fobias eran encrespadas, rotundas, explosivas a veces.

Su maña para ganar amigos y desbaratar adversarios era proverbial. Parecía todo quererlo conciliar, pero no llevado por ninguna especie de franciscanismo intelectual, sino operando con desconcertantes maniobras sorpresivas, con su simpatía táctica, con sabios golpes de efecto. La política fue su gran pasión, pero una pasión confesada a voces y a cuyos estímulos respondió hasta el último día. Siempre tenía excelente información sobre personas y grupos, pero sobre todo siempre tenía a mano una interpretación lúcida que explicase el próximo movimiento que Franco haría en el tablero político, en función de la coyuntura internacional o de hechos que él analizaba atentamente. En aquellos momentos se constituía en el centro de cualquier reunión y si se hubieran tomado taquigráficamente sus palabras se hubieran compuesto excelentes editoriales para «ABC», que era en los últimos años donde más le gustaba salir, además de en la Televisión.

Le vi el verano antes de su muerte en la inauguración de curso de la Universidad de Santander, donde seguía como rector magnífico al dejar la Dirección General de Bellas Artes. Me cupo pronunciar unas palabras en representación del director general de Radiodifusión, y dije que en aquella misma Universidad hacía veinticuatro años, como becario igual que los que ahora allí estaban, había conocido al actual rector a quien saludaba ahora con el afecto y la admiración de un viejo amigo. Cuando Florentino habló destacó que entre los becarios estaba ya un hijo mío, con lo que la Historia no hacía más que recomenzar. En noviembre de aquel mismo año, cenando en mi casa, recordamos jovialmente la anécdota; Florentino llevaba marcado en el rostro su desenlace, le acompañamos a su casa de la calle de Monte Esquinza Paco Girón y yo. Le di un abrazo muy fuerte al despedirnos, como esos abrazos un poco embarazantes que Florentino daba a sus amigos de verdad. Y olvidamos, olvidé yo porque él las tendría olvidadas —seguro—, las diferencias de los últimos años. Cuando cayó definitivamente enfermo no pudimos verle ya porque estaba en una unidad de recuperación del Clínico. Al sonar el teléfono aquella madrugada, Rosario y yo tuvimos la premonición que nos confirmó Maruchi Botella con voz alterada: Florentino se había marchado para siempre. Había muerto el hombre a cuyo magisterio quizá yo más debo. Como testimonio de gratitud y afecto a su persona he escrito estas líneas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei